

FACUNDO

A cabo de estos principios, el general que firma y sus bravos han jurado no largar las armas de la mano hasta que el país se constituya según la expresión y voto libre de la República.

JUAN FACUNDO QUIROGA

CRITICA Y POLEMICA

Director: SAUL TABORDA

Año I - N°. I - Febrero 16 - 1935

MEDITACION DE BARRANCA YACO

*¡No; no ha muerto! Vive aún!
¡El vendrá!* SARMIENTO

Un siglo y un crimen.
Cien años y la muerte de Facundo.
¿Que significación tiene, hoy, al cabo de un siglo, la tragedia de Barranco Yaco?

Parece extraña la pregunta.
Cien años hace que, en virtud de una consigna acatada sin exámen, generación tras generación, nos empeñamos en olvidar aquel suceso. Todas las apariencias hacen creer que hemos conseguido borrarlo de la memoria. Barranco Yaco es ya acaso una vaga mancha sanguinolenta en el polvo de una encrucijada que se esfuma en la penumbra de agua fuerte en que el tiempo sumerge, lenta y seguramente, los acontecimientos del pasado. Nadie la recuerda y toda alusión cae rodeada de silencio. Las universidades, los institutos de investigaciones históricas y las academias que el Estado costea o subvenciona para que ilustren a las generaciones que suben acerca de las directivas ideales del país, lo desestiman y lo desdeñan como tema de la docta disertación: unas y otros se atienen a la opinión formada por los escritores que echaron las últimas paladas de tierra sobre la tumba del caudillismo, nuestra barbarie enjuiciada y condenada para siempre por la sabiduría del siglo XIX. Los libros y los ensayos que, de cuando en cuando, le dedican literatos y cronistas, parecen animados menos por el propósito de objetivar valores estéticos o de alumbrar con nuevos aportes la realidad histórica que por el de hacerlo cada vez más digno del olvido. El propio nomenclador oficial, tan dado a la exaltación de efemérides banales y tan pródigo en homenajes a especuladores y agiotistas afortunados, no registra, para su memoria, ni una aldea, ni una plaza, ni una calleja suburbana; apenas si una leyenda indicadora, dipuesta en la encrucijada de un camino impreciso, noticia al afán de cuenta kilómetros del turista despreocupado, la presencia de un lugar ligado a un crimen lejano: Barranca Yaco. Y nada más. Pues, mas allá de la leyenda indicadora está el silencio de la llanura, infinito como el silencio de almas de la consigna convenida.

Si; realmente parece extraña la pregunta. Nos desconcierta y nos inquieta. En trance de hesitación, quisiéramos creer que ella procede de una curiosidad intrascendente que nos invita a una peregrinación literaria a un acontecimiento centenario; pero sentimos bien que la pregunta viene cargada de resonancias más profundas. Quisiéramos respetar lo que ha respetado hasta ahora la conveniencia interesada y prudente, pero es más fuerte que todo convencionalismo la íntima sospecha de que Barranca Yaco encierra un secreto que importa develar y de que el tesonero silencio que lo rodea es un silencio grávido de problemas que afectan a los destinos comunes. Quisiéramos evitar el replanteamiento de una cuestión sellada con una oblea de sangre sobre un pecho, que la familia argentina ha soslayado con sostenido disimulo a lo largo de cien años; pero hay algo superior a la cautela y al cálculo, algo que caldea la palabra y quema el labio, que nos dice que, cualquiera sea la actitud que la recoja, cualquiera sea el interés que hiera, cualquiera sea la consecuencia que provoque, la pregunta debe ser formulada con rigor y con franqueza porque todo disimulo es una traición hipócrita y cobarde a la responsabilidad que comporta el ser hombre de su tiempo.

Debemos una satisfacción a nuestra conciencia conturbada por la duda y es bien que cada uno responda conforme a su razón. ¿Que significación tiene, hoy, al cabo de un siglo, la tragedia de Barranca Yaco? ¿Envuelve un imperativo de exámen de conciencia en miras a una rectificación de los rumbos ideales de nuestra vida, o es una mera casualidad el que su centenario se cumpla en una hora, preñada de incertidumbres, en que las instituciones fundamentales vacilan y ceden como heridas de irremediable falencia? ¿Es cierto de toda certeza que la tiranía que conocimos al día siguiente del 16 de Febrero de 1835 fué un accidente transitorio y pasajero de nuestra política, o es una condición fatal de nuestro sino la que preside el avasallamiento de las autonomías provinciales consumada en 1935, en pleno parlamento, como si esta vez, en pleno parlamento, estremecidas de presentimientos dictatoriales, las palabras de Sarmiento: «tradiciones, costumbres, formas, garantías, leyes, cultos, ideas, conciencia, vida, hacienda, preocupaciones, sumad todo lo que tiene poder sobre la sociedad, y lo que resulte será la suma del poder público pedida», "se aprestasen a cobrar resonancias de epitafio de un nuevo Barranca Yaco de la libertades argentinas?



La vida de un pueblo es una realidad tejida de historia y de cultura. La cultura acusa las direcciones espirituales inherentes al destino particular. La elabora todo individuo tocado de la conciencia de la vida y del mundo y es, por eso mismo, personal e intransferible. Personal e intransferible, por más que sus productos necesiten verse en la comunidad para aspirar a la vigencia en el soporte que les asegura la perpetuidad con que el creador de valores supera existencialmente con ellos la finitud de sus días. La historia se refiere a la voluntad de ser inherente a toda comunidad política. Se expresa en los hechos — en los hechos históricos, conviene recalcarlo, — pues, es en ellos donde se exterioriza la dirección que ella asume y la continuidad que es de su esencia.

Razón por la cual un acontecimiento del pasado puede ser, históricamente, más actual y más eficiente que cualquier acontecimiento contemporáneo; pues, para el concepto inmanente y vertical de la historia carece de validéz, o solo tiene validéz secundaria, el concepto de la historia que la reduce a un desarrollo horizontal regido por la ilusión del progreso. Tal historia no es historia: en el mejor de los casos, es cronología. Cronología, como la mayoría de los manuales irresponsables que infestan los colegios y las universidades.

Lo que llamamos "la voluntad de Mayo" pertenece a la estirpe de los hechos históricos. Lejos de ser una figura de dudosa retórica ofrecida al sentimiento obscuro y elemental de un nativismo cavernario; lejos de ser un fácil recurso reaccionario al servicio de una xenofobia exacerbada, es un hecho henchido de sentido, un fenómeno real y operante, creado por la afirmación de una comunidad exaltada como entidad autónoma e independiente por la conciencia de un destino supremo.

En la piedra miliaria de su decisión se anudó para todos los tiempos el hilo de la voluntad política argentina y se anudó de tal modo que constituye la única pauta para apreciar la historicidad de los acontecimientos sucedáneos. La única pauta que es como decir el único criterio puesto al servicio del historiador y del político, porque para ser historiador y político de verdad es condición indispensable la de saber percibir y aclarar con luz de comprensión, con referencia a los acontecimientos esenciales, la naturaleza y los rumbos de la voluntad colectiva puesta en movimiento hacia fines ideales.

¿Necesitamos decir que lo que constituye el fondo perviviente y esencial de la voluntad de Mayo es la autodeterminación de las comunidades existentes en la demarcación territorial llamada Argentina? ¿Necesitamos decir que la autodeterminación insita en aquella voluntad, nutrida, como todo fenómeno político, de amor y de fuerza, es un sentido totalitario y universal que identifica el destino del individuo con el destino de su grupo en un orden armónico de la cultura y de la historia?



Solo a condición de negar que en 1810 existiera ya una comunidad consciente de sí misma y de su destino se puede desconocer la premisa que antecede.

Formada por núcleos constituidos y consolidados en una enorme superficie geográfica, separados por la distancia, propicia a la acentuación de características regionales, pero ligados por los lazos espirituales legados por Castilla, esa comunidad estaba estructurada y dispuesta como entidad para la historia y su evidente vocación política era el intercomunalismo federalista.

Sobre esa estructura y esa vocación debimos afianzar la organización nacional. Sobre esas notas peculiares y distintivas debimos crear instituciones originales, expresivas de la idiosincracia nativa. Pero fuerzas extrañas nos determinaron a proceder de otro modo, y, pagando tributo a las sugerencias alucinantes de la civilización europea surgida de la disolución del orden medioeval, nos dimos a la tarea de casar apresuradamente

doctrinas contradictorias para plasmar ese hibridismo invital y artificioso, hecho con el regalismo policial de Bodin, con la teocracia absolutista disfrazada de patriarcalismo hebreo de Bossuet y con la ideología contractualista de Rousseau, que se nos ha ofrecido como nuestro genuino y auténtico sistema constitucional.

En esta actitud inicial, de evidente negación de nosotros mismos, medió, con una eficacia favorecida por las circunstancias del tiempo y por las propias exigencias de la lucha por la independencia, la cultura incipiente y defectuosa guarecida en la ciudad. Entusiasmado por la ideología de Rousseau, Moreno nos hizo conocer el "Contrato Social", sin alcanzar su contenido y sin percatarse de las consecuencias que apareja, en la práctica, el individualismo abstracto que solo se concreta como ciudadanía en la función del sufragio y que, en todo momento, exalta el robinsonismo del productor con su industria privada y lo desliga, como átomo liberado de la cohesión inherente a todo orden social, de la comunidad a que pertenece. Por el camino abierto por este error, cuya excusa radica en que Moreno quiso hacer de la ideología importada un arma de lucha contra el poderío español, hicieron su entrada los errores ligados a los nombres de Alberdi, de Sarmiento y de los pensadores más o menos improvisados, de los primeros momentos. Obsesionados por el vértigo del baldío, lleno el espíritu de este enorme hueco de la llanura, se apresuraron a colmarlo de cultura. Colmar de cultura nuestro baldío material y moral fue, desde ese instante, nuestro desideratum. ¿Como? ¿Con que? Transportémonos a la situación de aquella época para oír la única respuesta que nos puede dar, con apresurado y explicable simplismo, el propio baldío de la llanura infinita: Con la educación popular, con caminos, con ferrocarriles, con ciudades, con comercio, con industrias, con capitales.

El escenario es amplio, incommensurable, como su voz. Clama por los actores de ese gran drama histórico columbrado por la voluntad de Mayo y, desconfiando de que el millón de almas que lo puebla tenga capacidad para hacerlo, recurre a los excedentes demográficos de las naciones europeas destinados a "hacernos pueblo innumerable como las arenas del mar".

Europa no espera más que una señal. Ella nos ha ayudado a libertarnos de España y reclama su recompensa. Pues, no nos ha ayudado por amor a las grandes palabras que llenan el siglo XVIII sino impulsada por las exigencias interesadas del capitalismo acunado en la ideología de *laissez faire*, que ha perdido el contenido ético de sus tiempos heroicos, y está ávido de conquistar los mercados del mundo. Inglaterra que madrugó siempre, ha conseguido ya, para su beneficio, el tratado comercial de 1827, tratado repleto de cláusulas calçadas en la economía revolucionaria de Manchester, que nuestros hombres de cultura oponen con un énfasis victorioso a la economía feudal española y cuyos principios se acuñarán, en 1853, como el ideario nutricional de nuestra carta fundamental.

Europa solo espera una señal para venir a civilizarnos. Espera la señal de su recompensa ¿Que falta?

Falta que concluyamos de negarnos, despreciando en todo lo que tiene sello castellano lo profundamente castellano que tenemos en la sangre. Necesitamos ser una raíz amputada de la raíz de la estirpe. Nadie sabe, nadie quiere saber que, según la intuición de José Manuel Estrada, plenamente confirmada por las recientes investigaciones de Porcowski, aquella estirpe es la creadora de la libertad europea: necesitamos negarnos para ser dignos de la civilización prometida ¿Como hacer para negarnos del todo?

— Reducid al salvaje — responde la cultura, señalando al caudillo.

¿Y por qué?

¿Es que el caudillo se opone a que la república se dé instituciones fundamentales para insertarse con dignidad de nación en la comunidad internacional? ¿Es que el caudillo se niega a aceptar la cultura de su tiempo que es, ciertamente, la cultura europea en todo cuanto guarda fidelidad a las grandes líneas del pensamiento de Occidente? ¿No será que el caudillo — el caudillo de múltiples nombres — es el tipo representativo del espíritu comunal — precioso don castellano — síntesis lograda de la relación del individuo con su medio que, consciente, o intuitivamente, solo admite una organización nacional que sea un acuerdo cierto y sincero de entidades libres, celosas de sus notas constitutivas originales?

Nuestro apresuramiento, excitado por las influencias ultramarinas, no tiene tiempo para detenerse en estas cuestiones. El caudillo es la causa de nuestro atraso — atraso no sabemos en relación a qué — porque se resiste a la absorción centralista de Buenos Aires. Para la impaciencia de la cultura, el caudillo no comprende — como va a comprender el gaucho hirsuto que no ha pasado por ninguna universidad! — que el capitalismo europeo no pacta sino con unidades nacionales responsables de los documentos que firman. ¿Donde se ha visto que la alta banca de Londres trafique con una tribu de salvajes? ¿Donde se ha visto que rinda sus beneficios civilizatorios sino en emporios provistos de gobiernos de puño fuerte, prestos a depararle privilegios, concesiones, factorías, policías, y fueros de excepción?

Una noche, un tiro disparado por una mano aleva, desde la sombras de una encrucijada cualquiera, concluye con la vida del caudillo de caudillos.

Cien años hace de esto.

Un siglo y un crimen: Facundo.

¿Cabe todavía interrogar por la significación actual de la tragedia de Barranca Yaco?

Si, cabe.

No se trata ya del crimen como crimen codificado. El proceso de individualización de su autores responsables yace en el polvo de los archivos forenses y solo tiene importancia para los Sherlock Holmes que merodean en los aledaños de la historia. Lo que importa averiguar es su repercusión en la dirección histórica relevada por la voluntad de Mayo.

La civilización europea puebla la inmensa superficie de la república. Comercio, industrias, fábricas, empresas navieras y ferroviarias, carreteras, líneas aéreas, todos los productos de la técnica están ahí. Están ahí y continúan arribando en los barcos que nos traen todos los días la superproducción extranjera confundida con la carne de trabajo del inmigrante y la carne de placer cotizada de las prostitutas de París y de Polonia. Están ahí y ya se anuncia como inminente, como hecho cierto, el arribo cauto y sigiloso, de los grandes capitales que desertan de las condiciones inhóspitas de pueblos agobiados por el tratado de Versalles y de los Estados Unidos, sofocados por los escudos de Tarpeya de la guerra, que ensayarán aquí — es su sino — la constitución de un imperio capitalista mas vacuo, mas brutal y mas teratológico, acaso, que todos los imperialismos soportados hasta ahora ¿Y qué? ¿Es "nuestro" todo eso? ¿Integra ese acervo un sistema económico genuinamente nuestro, dispuesto para el destino de nuestra comunidad según un orden responsable del destino de nuestros hombres? Respondan el sembrador y el ganadero si es verdad que el producto de su esfuerzo — el trigo del uno y el ganado del otro — les pertenece, en realidad, o si pertenece a la banca internacional que se los arrebató de las manos para acrecentar las ganancias de los adinerados de Londres, de París y de New York.

La civilización europea puebla la inmensa superficie de la república ¿Puebla acaso el baldío de nuestra alma? Nuestra cultura, ¿no está acaso más obsesada y desesperada por el enorme hueco de la pampa, que un siglo atrás, cuando la bala homicida fabricada por la industria importada, puso una oblea de sangre sobre el pecho del héroe?

¿Es esta la realidad que se propuso alcanzar la voluntad de Mayo? ¿Fue la voluntad de Mayo la que dispuso y ejecutó la represión del caudillismo reclamada por la cultura urbana bajo la sugestión de las corrientes civilizatorias de Europa?

Mientras más se agudiza la crisis en la que se hunde el materialismo capitalista, encenagado hasta el hocico en la idolatría de Mammon, más claramente vamos viendo que, por lo que concierne a nosotros, fueron los caudillos, — sí, los caudillos, esos magníficos ejemplares humanos retoñados en raigón castellano en tierra americana — los auténticos portadores de la voluntad de Mayo. Hablando de Facundo, en el brillante alegato de revisión que pronunció hace seis lustros, ante la sordera indiferente de Buenos Aires, dijo David Peña: "Ninguno como él penetró más hondo los arcanos de la naturaleza humana. Ninguno descendió más adentro en el corazón de las multitudes y los hombres" Pero falta agregar que Facundo es todo eso y mucho más: es la expresión más alta de la vida comunal, la perfecta relación de la sociedad y del individuo concertada por el genio nativo para la eternidad de su nombre.

Por ser la expresión más alta y egregia de ese producto espiritual, concitó los más rudos ataques de su contemporáneos. Por ser la expresión más alta y egregia de ese producto espiritual, concita todavía las diatribas de la sabiduría oficial, la estimativa burguesa y positivista que, desde hace más de un siglo, se empeña en deformar nuestra mente, en las escuelas y en las universidades, por conveniencia y por incompreensión de las calidades selectas que niega y menosprecia.

Facundo era nuestro héroe. Encarnaba en modo admirable ese fondo de heroísmo que construye los pueblos y les imprime su sello de inmortalidad. La bala que tronchó su existencia no apuntó a su individualidad transeunte y pasajera sino a la intimidad heroica de nuestro destino.

Pero, por lo mismo que el destino heroico es superior a la muerte, Facundo pervive, más vigoroso y heroico que nunca, y su biógrafo alucinado por los brillazones de la falsa grandeza que hoy periclitó en el mundo, no pudo menos que anunciar y profetizar su regreso:

"¡No, no ha muerto! Vive aún!

¡El vendrá!"

No existe un módulo eterno y universal para conformar una comunidad política. Por más que la política como fenómeno se exprese por notas peculiares que son siempre las mismas en todas partes, su dirección dinámica plasma las comunidades históricas en tiempos y lugares distintos de acuerdo a condiciones e idiosincrasias originales. Las nacionalidades surgidas de la disolución del macrocosmos medioeval han tenido validez

histórica en tanto se han organizado como orden de valores acorde con el modo íntimo de ser de los grupos geográficos respectivos, pero han mostrado su ineficacia — visible para todos, en la piedra de toque de 1914 — tan pronto como, bastardeando el sentido del orden, se han mostrado como meros instrumentos de opresión de clases en lo interno y de beligerancia agresiva y conquistadora en lo externo.

Desde que esto ha sucedido, es decir, desde que las nacionalidades se han mostrado impotentes para realizar esa totalidad que signa de innegable grandeza el orden medioeval, vamos cayendo en la cuenta de que la idea totalitaria de las grandes épocas históricas solo es realizable en la comunidad local, ajustada, y definida como reciproca responsabilidad del individuo y de su grupo. El sesgo de nuestro tiempo es, por eso el de un federalismo basado en estructuras políticas locales, servido y fundamentado por la concepción soviética, cuya vigencia es inevitable e inminente.

Esa concepción es la que late en la voluntad de Mayo y la que late, tras una larga espera cargada de su vocación histórica, en la intuición de Facundo: "Las provincias serán despedazadas tal vez pero jamás dominadas". Ella está ahí formulada con un élan de eternidad, con una precisión superior a las doctrinas escritas por los doctores de la ley. Es la lección del "caos" y de la "anarquía", que resuena, a lo largo de un siglo, en el dólmen de Barranca Yaco.

¿La recogeremos alguna vez?

Facundo lanza esta pregunta de vida o muerte — piedra en la honda emocional — a la conciencia aletargada de nuestros hombres. ¿Caerá la piedra en la tranquilidad del agua mansa, inmersa para siempre en el silencio y el olvido?

Desde hace un siglo arrastramos una vida falsificada. Falsificada es nuestra política que maneja mesnadas que desconocen y bastardean el principio esencial de la auto-determinación de los pueblos; falsificada es nuestra ciencia que prefiere al rigor de la disciplina filosófica, la técnica mera y simple puesta al servicio de la ganancia profesional, tanto más proficua cuanto menos se sabe responsable; falsificado es nuestro arte y nuestro pensamiento que no se nutren de la continuidad espiritual impresa en el idioma sino que se concretan a ser sombras chinescas de otros pueblos que labran con amoroso tesón las canteras de sus viejas culturas; falsificados nuestros hábitos y nuestras costumbres, antaño, sobrios y fuertes, estragados, hoy, por un falso refinamiento que multiplica las necesidades civilizadas en procura del consumo por la ganancia que supone; falsificado es nuestro concepto del trabajo que no es ya función del hombre al servicio de la comunidad sino sacrificio impuesto por el afán de lucro que lo explota y lo degrada; falsificada es nuestra economía que ya no es la economía de monopolio de la metrópoli española, pero que es el feudalismo capitalista que maneja a su arbitrio y voluntad el fondo económico de que se forman los elementos vitales de las comunidades; falsificado es nuestro sistema institucional a cuya sombra de manzanillo nuestra vocación federalista y comunal languidece afrentada por la limosna de la pañota que le arroja el poder central enriquecido con el empobrecimiento de las provincias, pero empobrecido el mismo por su total carencia de la comprensión de nuestro destino.

¿Recogeremos alguna vez la lección del héroe que duerme en el dólmen de Barranca Yaco?

Su voz anuncia, con claros signos, el advenimiento de la era facúndica.

Pero no hay rumores de pasos en el yermo silente...

"¿Dormís; paisanos?"

UNA "HISTORIA DE LA NACION ARGENTINA"

La Junta de Historia y Numismática. — "La corporación de hombres de distintas ideas en que profesan el respeto y el amor a la tradición como soldados de una causa común", escribirá una "Historia de la Nación Argentina" Según palabras de su presidente, la obra, "será la síntesis de esfuerzos superiores desde el punto de vista de la investigación científica y será también la síntesis de ideales incontaminados: el pensamiento puesto en la patria desde el punto de vista moral".

Mucho nos tememos que la nueva "Historia de la Nación Argentina" sea fiel expresión del concepto de la historia expuesto por el intrépido soldado de la causa común, en las frases transcriptas: pues, ya dijo el personaje de La Sage que: "Les auteurs se peignent dans leurs ouvrages".

LA UNIFICACION DE LOS IMPUESTOS

La ley de unificación de los impuestos al consumo es el remate de una sucesión de hechos de matiz económico que arranca desde los comienzos de la organización institucional y discurre, en un sentido claramente perceptible, a lo largo de la vida del país, movida por el propósito de imponernos el sello de la economía capitalista.

Ha concebido y ha hecho sancionar esta ley un Ministro surgido de las filas del partido socialista. El partido socialista — mesnada acampada en el vivac del comicio, a la vera del camino real del socialismo, — se anuncia, con este fruto de la inteligencia, como el futuro baluarte de la burguesía en falencia.

Toda la estrechez de visión histórica, toda la carencia de ethos que ha caracterizado siempre a la burguesía agropecuaria, detentadora del mando, informa

esta ley cuyo objetivo es el de anular las autonomías locales para acentuar un violento centralismo político al servicio de las potencias económicas internacionales. Es una máquina cuyos engranajes mutilarán las últimas notas originales de la fisonomía nativa.

A favor del hibridismo doctrinario que informa nuestra carta fundamental, hibridismo propicio a todas las interpretaciones abogadiles, el principio de la autodeterminación, implícito en el sistema federal, continuará viviendo como una verdad en la letra y pereciendo como una mentira en el hecho.

Pero, mientras mas claro nos parece que el principio rector de nuestro federalismo reside en la adopción de un punto de unión destinado a resguardar la individualidad de las entidades signatarias del pacto. — no por un mero capricho, o por una mera imposición de las circunstancias, sino porque esas individualidades estructuradas por un acuerdo entre el individuo y la sociedad son las únicas formas que responden a nuestro destino — más clara se nos presenta la propensión del poder central a enervar las virtudes de ese principio incautándose de todos los resortes económicos y financieros de las provincias, como si el principio federativo fuese solo de naturaleza política y no se refiriese a la totalidad de las actividades civiles. El poder central reafirma la doctrina de las soberanías locales: pero se apodera resueltamente de la llave de la despensa.

¿Para qué? Las respuestas que surgen por sí mismas de la grave actitud que consiste en atribuir el manejo del régimen impositivo al gobierno federal, instrumento tan fuerte y tan decisivo que, según la frase del senador Laurencena, "puede no solo levantar o arruinar una actividad o una industria determinada, sino engrandecer o perjudicar a una provincia, o a todas las provincias", se reducen a estas: O se trata de prevenir futuros movimientos separatistas apoyados por el florecimiento industrial de algunas provincias; o se trata de preparar el advenimiento de una dictadura de derecha; o se trata de hacer el caldo a algún posible y acaso cercano imperialismo argentino.

Pero, cualquiera sea el móvil inmediato o mediato que la anima, lo evidente es que entraña una desviación de nuestra voluntad histórica. El centralismo económico escogitado solo puede lograr su objetivo a costa de lo esencial de nuestra expresión; pues, al reforzar el centralismo electoral que resulta del acrecentamiento demográfico del litoral, las entidades federales del interior perderán totalmente su personalidad y se convertirán en tierras de reservas, en colonias al servicio de los intereses materiales de la metrópoli.

La ley de unificación impositiva, eficazmente secundada por el Instituto Movilizador y el Banco Central — las felices iniciativas procreadas por nuestro materialismo económico, bajo la influencia espiritual del profesor Niemeyer, aquel revisor de nuestra contabilidad que nos envió, no hace mucho, la banca británica, — comprometerá sin miramientos la vocación civil que emerge de nuestra idiosincrasia y de nuestros antecedentes políticos, y sacrificará nuestras fuerzas morales en el altar del dios Ganancia que triunfa con la exaltación unilateral y morbosa del centralismo porteño.

Nuestro sentido del orden, que es sentido totalista y universal, abierto a todas las dimensiones espirituales, consigna aquí la protesta que no ha sabido consignar la representación oficial del parlamentarismo en

bancarrotas y afirma que las comunidades argentinas han venido a la historia para realizar el destino del hombre — del hombre concreto, de carne y hueso — y que, consiguientemente, repudia tanto la dictadura en lo interno como el imperialismo agresor en lo externo.

DÓLMEN

Se anuncia el propósito de colocar un monolito en el recodo de Barranca Yaco.

Mister Queenaf, escultor internacional, lo ha concebido en la forma de una bala semejante a las que se fabricaban en Southanton, allá por 1835.

Nosotros, los gauchos de tierra adentro, nos contentamos con el dólmen figurado por las piedras de los montes nativos. Y regalamos el proyecto de Mister Queenaf a los jóvenes nacionalistas peregrinos de la Vuelta de Obligado.

Les pertenece.

Les pertenece la bala y también el héroe que hizo de ella su gloria.

LOS ESCUDOS DE TARPEYA

Los políticos cordobeses estan de parabienes. Como recompensa a la abdicación entrañada en el sometimiento a la unificación de impuestos, la Provincia tiene ya 400 mil pesos en las arcas nacionales. Pronto tendrá siete millones de pesos.

¡Siete millones de pesos!

¿No es para regocijarnos?

Qué equivocadas las palabras de Ferdinand Fried:

"Cada día se pone en venta la personalidad, precisamente porque no se tiene personalidad y se carece de carácter".

¡Siete millones de pesos! ¿Quién da más?

ANTIMODERNA

En un pueblo de la Provincia de Buenos Aires vive una octogenaria, parienta próxima de Facundo. Irreductible enemiga de la técnica, no admite ni la luz eléctrica (la gran disolvente de la familia, que dijo Ganivet), ni el teléfono, ni el automóvil, ni la radio.

Hace poco, — se cuenta, — como alguien le mostrase las acrobacias de un aeroplano, la anciana exclamó con indignación:

— Tanto hacen estos gringos que algún día bajará Dios del cielo y les pegará una patada en el culo.

LIBROS

DOS LINEAS A DOLL

Alterando una línea de conducta en virtud de la cual nunca discuto con mis críticos, me decidí a escribirle dos líneas para una ligera rectificación de su juicio relativo a mi ensayo "La crisis espiritual y el ideario argentino".

Usted me adjudica la idea de que el Estado debe abarcar toda la realidad nacional.

Incorre en error. En ningún juicio mío encontrará usted un justificativo de su aseveración.

El pasaje a que usted se refiere reza así:

"Vistas las cosas en la situación en que hoy nos hallamos, es imposible dejar de advertir que, en el fondo del orden en que se han estructurado las corrientes constitutivas del Estado moderno, late con vivacidad aquella idea de totalidad que, como he dicho, es propia del pensamiento de Occidente".

"Pues es innegable que, aún en pleno predominio de una doctrina individualista que quiere hacer derivar el Estado de un contrato de voluntades libres, la

forma en que ha cuajado el principio de las mayorías acusa la influyente supervivencia del orden antiguo toda vez que esa forma es preindividualista".

Como usted ve, "es otro Fausto el que digo". Con advertir que la doctrina política individualista no prescinde del sentido totalista, no afirmo ni niego que el principio de la mayoría deba conducir necesariamente a la formación de un Estado despótico. Lejos de eso, me concreto a observar que, aún en su doctrina política mas atomista, las grandes líneas del pensamiento de Occidente se mueven en una dirección totalista.

Después de lo dicho, las elucubraciones que usted formula en favor de la doctrina rusoniana carecen de objeto. Esto aparte de ser totalmente equivocadas.

Porque eso de la voluntad general que para usted es una mera operación técnica, es nada menos que la constitución del orden político — la voluntad generale — mediante el juego de una abstracción — el ciudadano — ligado a un momento sociológico que llamamos "pueblo". Momento que se concreta en la actividad del sufragio para ceder después el sitio al productor — al hombre de apostura liberal — definido por la doctrina como el ente que puede hacer todo lo que la ley no prohíbe. Es decir, comerciar, trabajar, ejercer toda industria lícita, enseñar y aprender etc., que es de donde procede el capitalismo internacional cuya repercusión desastrosa sobre el Estado liberal ha sido señalada por usted en algún certero pasaje de su "Liberalismo".

Termine con esto mi rectificación. Se la he formulado socáticamente, con el ánimo abierto, porque su labor crítica me interesa de verdad. Me interesa porque apunta al meollo de los problemas y se hunde en ellos con una pasión comprensiva que le señalan como a un hombre de su tiempo.

Le estrecha la mano

SAUL TABORDA

EN TORNO AL 90

Animado por el propósito de explicar por sus antecedentes los cuarenta años posteriores a 1890, el espíritu ecuánime y ponderado en los clásicos del doctor Juan Balestra nos ha hecho el don de un relato vivaz y pleno de sugestiones de los acontecimientos que dieron fin a la presidencia de Juárez Celman.

A través de sus páginas, los fenómenos políticos, económicos y sociales que las vísperas de aquella crisis relevaban dramáticamente en la prensa, en la banca, en la tribuna y en el tumulto callejero, aparecen y se destacan al contraluz de las íntimas contradicciones que manejan nuestra historia desde antes de 1853.

En el flujo y reflujo de las corrientes europeizantes que trabajan la vida nativa desde los días iniciales en que Alberdi y Sarmiento, "por ambicionar lo extraño vilipendiaban lo propio", el 90 señala la cota máxima de la penetración industrial en el alma de nuestro pueblo, pre-capitalista en razón de su oriundez castellana. Febrilmente encendido en la fe del progreso — el progreso: la terrible palabra acuñada, como una moneda cosmopolita, por el pensamiento del siglo — habíamos dado acogida fervorosa a las manifestaciones de todo orden que hacían sensible el progreso a nuestros ojos pueriles, puerilmente alucinados por la grandeza de los pueblos ultramarinos.

Buenos Aires se jactaba ya con esa jactanciosidad que es su nota distintiva, de ser una ciudad a estilo de Londres y de París, y, para parecerse cada vez más a los arquetipos ideales, exaltaba con las actitudes avnedizadas del boato copiado las virtudes de la riqueza como fuente de lujo, de refinamiento y de molición. Ante el milagro del cuerno de la abundancia operado por los transatlánticos que inundaban nuestras

playas con los productos de la técnica victoriosa, habíamos aprendido a recoger con mano ligera lo que da el préstamo fácil y nos habíamos acostumbrado a gastar sin tasa ni medida. En plena orgía de juego y de agio girábamos en descubierto sobre el brillante porvenir del país columbrable a través de sus inagotables riquezas. Teníamos apresuramiento en civilizarnos, en ponernos a tono con las rumbosidades del tiempo. Como para el concepto progresista de la civilización ésta no consiste en un ahondamiento de la vida interior sino en un acrecentamiento de las necesidades externas, desestimábamos como cosa provinciana la sobriedad y la sencillez del viejo solar castellano y cubríamos con el atuendo dispendioso y sensual el "joli naturel" de la vida simple de nuestros abuelos. ¿Cuál fué el precio real y cierto de esta aturdida transformación de la fisonomía nativa? Balestra lo dice: "Se aprendió a vivir de prisa, a mirar la dignidad como estorbo y los escrúpulos como majadería: la riqueza se tuvo por honor, la modestia por disimulo y la austeridad como hipocrecia".

Alto el precio. Alto el precio; pero magnífico el negocio si reparamos en los guarismos que lo ilustran. Los guarismos que no sospecharon nunca los paladines de la fórmula: "gobernar es poblar". En 1889, funcionaban veintisiete líneas ferroviarias con 11.682 kilómetros de rieles estimadas en 127.682.867 pesos oro. Listas estaban ya las concesiones de noventa líneas más con un recorrido de 38.000 kilómetros y un capital garantizado de 312.541.900 pesos oro. En la bolsa de Comercio traficaban mensualmente 1.500.000.000 de pesos oro. La tierra, libertada del dominio del indio a virtud de una empresa poliorcética sin heroísmo y sin gramdeza y liberada del feudalismo de linaje español a virtud de una legislación civil copiada del cesarismo napoleónico, iba cayendo con rapidez, como presa indefensa, en el lazo de la especulación mercantil indiferente a la función del agro en la economía de un pueblo: las transacciones inmobiliarias, que, en 1886, fueron de 40.000.000 de pesos se elevaban en 1889 a 300.000.000. — 24.000 leguas cuadradas estaban en venta a razón de dos pesos oro la hectárea. Las estancias se habían hecho exportadoras y la producción pecuaria, sometiéndose al oro inglés, anunciaban el advenimiento de los frigoríficos, y con ellos el reciente insolente mensaje del Lord Vestey que un Vice-presidente, hijo del "conquistador del desierto" no ha sabido replicar como se merece. En pos del ingente capital transeunte llegaban los brazos destinados a llenar el inmenso baldío del territorio: ya eran 300.000 mil inmigrantes — la fusión de las razas, según los declamadores de la cátedra: una mercancía cotizada en 1.500.000.000 de pesos oro por año, según el realismo utilitario de la industria pesada.

Pero una sombra inesperada apareció de repente sobre el cuadro pintado con una máquina registradora: Europa exigió el pago de sus acreencias. La banca europea reclamó sus dineros, como Sganarelle cantando reclamaba atrasos a Don Juan en los infiernos. No pudimos devolver, no pudimos pagar. ¿Cómo podía devolver, cómo podía pagar nuestra crónica inflación con el oro al 260? El orgullo lastimado por la realidad inopinada que nos llamaba a cuentas, solo atinó a buscar un culpable, el culpable de que los mil quinientos millones de pesos oro de la Bolsa no fueran otra cosa que "pura tiza". Pareció inconcebible que toda aquella extraordinaria estadística que acabamos de

mencionar no fuera otra cosa que "pura tiza". ¿Quién era, pues, el responsable?

Los hombres de Buenos Aires — 250.000 argentinos y 300.000 extranjeros — señalaron al presidente — un provinciano ni mejor ni peor que la mayoría de sus antecesores. Juárez Celman contestó a la diatriba con un razonamiento sereno: "La perturbación — dijo — proviene de que para llegar precipitadamente a la asombrosa prosperidad actual se requiere el concurso de grandes capitales: los cientos de miles de inmigrantes, alteran el mercado de consumo, antes de producir: los ferrocarriles, los puentes, como el de Buenos Aires, La Plata y el Rosario, los instrumentos de agricultura, la construcción de obras públicas, la edificación, embellecimiento e higiene de las ciudades, representan cantidades considerables de capital, inmovilizadas e improductivas por el momento, pero representativas del desarrollo futuro". Y yendo más lejos aún, advirtió que los cuantiosos bienes de nuestro balance, no eran nuestros, y que a virtud de esas circunstancias, la conversión duradera, no sería posible sino cuando "el trabajo y la riqueza constituyan un capital nacional propio, radicado en el país".

Nadie quiso examinar las juiciosas palabras. Nadie quería palabras: se buscaba un culpable. Y el culpable cayó, envuelto en el descrédito, al día siguiente de la asonada del Parque.

La justicia histórica no parece satisfecha con la sanción del 90. Balestra reconoce los errores de Juárez Celman; pero atribuye a una causa más profunda y permanente que la pasajera influencia de un hombre, la causa que envolvió su gestión gubernativa y determinó las consecuencias de cuarenta años que la siguieron. Esa causa — ley que preside nuestra evolución política — es la propensión insita en el caudillismo al apoderamiento del mando absoluto, del "unicato" para emplear la palabra con que el 90, definió el bastardeo político, en cuya virtud "el presidente proclamado jefe único del partido gobernante, unía a las facultades de la Constitución, las del caudillo, de modo que lo que no podía hacer como Presidente, tal como elegir gobernadores de provincia y miembros del Congreso lo podía hacer como Único".

Reedita con esto, el criterio interpretativo, con que historiadores y sociólogos mal informados se han empeñado en desestimar el caudillismo señalándolo como la causa de nuestras dificultades institucionales para favorecer, con tan arbitraria actitud, el designio de deformar y falsificar la realidad histórica argentina.

Desde la organización política del país, y más precisamente todavía, desde la capitalización de Buenos Aires, — el grave error político que Balestra considera un triunfo de las provincias — el caudillismo, como expresión de la vida comunal que es de su esencia, perdió toda su influencia en las actividades políticas. En su ausencia cobró inusitado predicamento la tendencia colonizadora de los hombres de la cultura y a favor de ese predicamento, comenzamos a perfilarnos como unidad político-económica, al servicio del capitalismo conquistador.

Bajo la presidencia de Roca, el país se definió como emporio habilitado por el oro extranjero. El propio Balestra es quien nos lo dice, al aludir al éxito del famoso programa "Paz y Administración". "Había adivinado a la Europa, que no conocía: la Europa lo comprendió: de entonces data el desarrollo definitivo de la ganadería, la agricultura y el comercio. Desarmó los partidos y caudillos profesionales de la guerra

civil. Con pocos escrúpulos por las formas, acentuó el poder nacional sobre las provincias, que dejaron de jaquear al gobierno nacional, prefiriendo aprovechar su ayuda.

Por aquí es el contenido mismo del libro de Balestra quien nos pone en condición de rectificar, como corresponde, la opinión corriente que atribuye al caudillismo nuestros defectos gubernativos: pues, si algo claro y nítido trasciende de su rica información y toca de certeza al espíritu desprevenido, es que la causa eficaz que repercutió en la vida política, en el 90 y después del 90, fué la influencia perniciosa del capitalismo desertor de todos los pueblos, siempre reacio a erigirse en el fondo económico de las naciones, contrario por naturaleza a que "el trabajo y la riqueza constituyan capital nacional propio", según las palabras de Juárez Celman".

Pues, tanto más su autor se empeña en sostener una hermenéutica histórica en cuya virtud, el Único — Juárez Celman, en el 90 — se presenta como un producto que procede de la propensión subyacente en la entraña popular de convertir en caudillos a los hombres que ejercen el mando, movida por el designio de cobrar la abdicación de la voluntad con las ventajas materiales que ofrecen situaciones en las que "la política se hace empresa, el Presidente patrono y los secuaces accionistas", tanto más queda sin explicación la milunochesca afluencia económica que nos describe con las estadísticas precisas y minuciosas que se acaban de leer. ¿Es que "la sensatez del capital europeo" quedó sin jugar un rol preponderante antes y después del 90? ¿O es que su tarea de elegir presidentes y su táctica de inmiscuirse en la vida política data de un tiempo posterior a aquella fecha?

El libro de Balestra nos responde que no. En el espectáculo de marionetas del 90, hay un personaje que no figura en el reparto, pero que maneja, desde Londres, los hilos del manipuleo: el oro. Tiene su nombre: Baring Brothers. Ha roto la dialéctica de los partidos que la doctrina constitucional estima como la más alta virtud del Parlamento; y ha roto el equilibrio de los poderes exaltado por Montesquieu como fundamento de la democracia y quiere imponernos un centralismo rígido y policial — el unicato — aprovechando para ello la excesiva amplitud de facultades que la carta fundamental reconoce al Poder Ejecutivo, la centralización aduanera y la inveterada ambición de Buenos Aires de manejar los destinos de la Nación, desconociendo y avasallando el radical comunismo nativo.

Juárez Celman — provinciano formado en un ambiente impregnado de ese comunismo nativo — no era el hombre adecuado para facilitar la penetración de lo político por lo económico. El no haberlo comprendido a tiempo, el no haber "comprendido a Europa", fué su máximo error. Su máximo error y su pérdida. El hombre adecuado era el héroe porteño de circunstancias que, jinete en un jamelgo, cruzaba sobre los cadáveres sembrados por la asonada vencida, con veinte millones de pesos en el bolsillo para pagar los intereses de la banca internacional. No era un caudillo: era ya un producto lozano de la aduana de Buenos Aires, cuya herencia ha recogido la dictadura permanente, consolidada sobre la ruina de las autonomías locales.

Tales las conclusiones que nos sugiere el libro de Balestra. Es un libro recomendable y debe leerlo y releerlo todo argentino que quiera conocer los antecedentes de la crisis que padecemos para que mida la extensión en que hemos traicionado a nuestras auténticas directivas históricas.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: UNQUILLO (CÓRDOBA)